

**Nassos Papalexandrou – Amy Sowder Koch (eds.),
*Hephaistus on the Athenian Acropolis: Current
Approaches to the Study of Artifacts Made of Bronze
and Other Metals* (=Selected Papers on Ancient Art
and Architecture 7), Boston, Archaeological Institute of
America, 2023, x+137 pp. [ISBN: 9781931909440]**

Pelayo Huerta Segovia
Universidad Autónoma de Madrid ✉
E-mail: pelayo.huerta@estudiante.uam.es

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.102307>

Apenas tres años después del final de la “Gran Excavación” de la Acrópolis ateniense dirigida por Panagiotis Kavvadias, A.G. Bather iniciaba su pionero estudio sobre los fragmentos bronceos con la siguiente preocupación:

It is a misfortune almost necessarily incidental to the excavation of any site so rich in ancient remains as the Acropolis at Athens, that smaller objects and such as have a less obvious archaeological value, are sadly neglected: and the fate of the bronze fragments excavated during 1885-9 affords the strongest proof of this fact (Bather 1892-1893, *The Bronze Fragments of the Acropolis*, p.1).

Las palabras del británico presagiaban el lugar marginal que ocuparon los artefactos metálicos procedentes de la “roca sagrada” asimismo durante todo el siglo XX, tanto en lo relativo al espacio museográfico como a la producción científica, eclipsados por los testimonios arquitectónicos y escultóricos en piedra. Al respecto, la obra que se recensiona tiene el mérito de constituir la primera monografía de carácter colectivo encargada de revalorizar el estatus de los objetos metálicos acropolitanos –especialmente los realizados en bronce. Resultado de un panel homónimo organizado en el coloquio anual del Archeological Institute of America (Washington D.C., 4 de enero de 2020), el volumen reúne un total de siete contribuciones, todas ellas producto de un rigor científico sobresaliente y seguidoras de propuestas metodológicas y teóricas variadas. Cabe mencionar también aquí la labor exhaustiva de C. Tarditi de 2016 (*Bronze vessels from the Acropolis*), primera en haber revitalizado la investigación sobre la bronceística vascular acropolitana, cuyos resultados y novedosos planteamientos tienen una impronta reconocible en la mayor parte de los capítulos del libro.

En primer lugar, la introducción de los editores emerge como una valiosa contribución en sí misma, que viene a elaborar “A Historiographic Essay” (pp. 1-16). Nassos Papalexandrou y Amy Sowder Koch llevan a cabo una síntesis historiográfica e histórica, de notable tono reivindicativo, en la que recorren las etapas destacadas en el hallazgo, conservación e investigación de los artefactos metálicos de la Acrópolis. Debe destacarse aquí, como hacen los autores, las principales dificultades metodológicas que siempre han obstaculizado la consecución de una investigación sistemática satisfactoria de tal registro material: la decisión inicial de no inventariar los objetos, su naturaleza fragmentaria, el desconocimiento del contexto arqueológico de hallazgo, su dispersión en múltiples colecciones. El fin de la Gran Excavación significó un incremento

significativo del registro material bronceo previamente encontrado, y los artefactos quedaron repartidos entre los fondos del Museo Arqueológico Nacional y del Museo de la Acrópolis hasta la década de 1970.

La segunda y tercera contribución versan sobre las fuentes epigráficas, desde los decretos e inventarios que dan cuenta de los artefactos hasta los objetos metálicos votivos con epigramas. La firmante del segundo capítulo, Diane Harris Cline, quien falleció tristemente mientras el libro se encontraba en preparación, siempre tendrá un puesto privilegiado en la memoria historiográfica de los que nos ocupamos de la arqueología de la Acrópolis por haber sido la autora de *The Treasures of the Parthenon and Erechtheion* (1995). En esta ocasión, con la trayectoria que le avala, Harris nos ofrece un estudio de carácter teórico en torno a “The Social Life of Bronzes: Actor-Network Theory on the Entangled Acropolis” (pp. 17-44). La Teoría del Actor-Red (ANT) propone un modelo complejo y dinámico en el que los múltiples componentes que conforman la red son actores y donde las interacciones entre dichos actores, que fluctúan constantemente con el tiempo, provocan cambios estructurales en la misma red. Como la autora demuestra, la aplicación de este enfoque teórico es particularmente útil para un santuario de alta sociabilidad como la Acrópolis arcaica, donde artefactos como los utensilios rituales y otros pequeños objetos metálicos (también con agencia propia) eran manipulados por diferentes actores que intervenían, de un modo u otro, en una práctica religiosa que giraba en torno al objeto: desde el bronzista encargado de crear el artefacto a ser ofrecido a una divinidad, pasando por el dedicante que lo depositaba como exvoto, también por el tesorero encargado de almacenarlo y, por último, de los devotos que lo visualizaban en su visita al santuario. Harris trasciende el tradicional comentario epigráfico de los conocidos “Decretos del *Hekatómpedon*” (IG³⁴) para tejer, así, redes que se aproximan a la vida social de los objetos inventariados y al modo en el que estos se relacionan con los diferentes actores (agrupados según actividades, personas, no humanos y lugares).

En “Archaic Inscribed Bronze Dedications on the Acropolis: Thoughts on a New Edition” (pp. 45-66), Andronike Makres y Adele C. Scafuro sientan las bases para una renovación del estudio epigráfico de los bronzes arcaicos votivos (incluyen no sólo los fragmentos bronceos inscritos, sino basas o pilares en piedra susceptibles de identificarse con soportes de bronzes), exponiendo los criterios vertebradores para centrarse, más concretamente, en un grupo de once dedicaciones. Además del comentario epigráfico, las autoras exploran la dimensión social de los artefactos metálicos, y las conclusiones más significativas residen en los potenciales dedicantes. A diferencia de otros exvotos elaborados en materiales más humildes, Makres y Scafuro argumentan que el uso del metal debe ponerse en relación con grupos sociales pertenecientes a una “middle class of merchants and traders, of moderately prosperous farmers, and also professional women, metics, and foreigners” (p. 50).

Los últimos cuatro títulos ponen el foco en los testimonios materiales y en tipologías metálicas específicas. La coeditora del libro firma “Hephaistos in Athens: Bronze Hydriai from the Acropolis and Beyond” (pp. 67-84). Amy Sowder Koch presenta algunos de los resultados y consideraciones derivadas de la elaboración de un catálogo de más de 600 hidrias y *kálpides* de bronce (incluyendo fragmentos) procedentes de todo el territorio heleno y datadas del período arcaico al helenístico, en el que lleva trabajando desde su tesis doctoral (defendida en 2009). Siguiendo la estela de Tarditi, Koch invita a una reconsideración de la producción y función de las hidrias bronceas acropolitanas conservadas dentro del ámbito de Atenas, pero también del papel capital que tuvo la ciudad como centro productivo metalúrgico. La autora centra su estudio en el comentario de algunos fragmentos bronceos (especialmente asas) y, partiendo del *comparandum* estilístico como criterio fiable para la agrupación del material, menciona paralelos iconográficos y estilísticos con respecto a algunos vasos producidos en otras regiones (ej.: Laconia).

En el quinto capítulo, Germano Sarcone aborda la reconstrucción material, contextualización histórico-religiosa e interpretación simbólica de “The Monumental Tripod-Cauldrons of the Acropolis of Athens between the Eighth and Seventh Centuries B.C.E.” (pp. 105-118). Sarcone recompone algunos fragmentos bronceos (láminas de las patas, partes de las asas circulares y soportes antropomorfos de asas), custodiados en el Museo de la Acrópolis y el Museo Arqueológico

Nacional de Atenas, como pertenecientes originalmente a trípodes-calderos monumentales de la Acrópolis de los siglos VIII-VII a.C. La comparación de este material con algunos ejemplares de Olimpia junto a ciertas consideraciones técnicas, resultado de una atenta autopsia del objeto, permiten al autor reconstruir las medidas totales aproximadas de los calderos (aprox.: 2-3 m. alt. x 50-70 cm. diám.). En cuanto a la instalación de estos artefactos colosales en el espacio de la Acrópolis, difícil de probar con certeza, Sarcone sugiere su proximidad física con el primer templo de Atenea Polias, y los considera prestigiosos objetos votivos dedicados por las élites o la propia polis a ser exhibidos como productos de ostentación y autorrepresentación social.

El coeditor también participa con su investigación sobre el otro tipo de calderos, bajo el título “Monsters on the Athenian Acropolis: The Orientalizing Corpus of Griffin” (pp. 105-118), siguiendo unos objetivos similares a los del anterior autor. Nassos Papalexandrou procede al análisis estilístico y material de catorce prótomos orientalizantes de grifo (todos ellos de factura samia, excepto uno) y de cuatro soportes zooantropomorfos (sirenas), pertenecientes a calderos bronceos y datados en el s. VII a.C., para ofrecer consideraciones no sólo de tipo funcional, sino también de corte hermenéutico-fenomenológico. El autor propone que, más allá de la “función dedicatoria” –categoría de gran ambigüedad–, estos calderos orientalizantes operarían como aparato de culto en contextos performativos rituales, no instalados por las élites, sino por el propio personal de culto de la Acrópolis con el propósito de moldear la experiencia religiosa del visitante y de acercarla a la de grandes santuarios como los de Delfos, Samos u Olimpia. No obstante, varias de las argumentaciones que respaldan tal hipótesis y otras cuestiones derivadas (almacenamiento, significación, visualización...) se desarrollan en una monografía reciente del autor.

La arqueóloga Elena Karakitsou, del Servicio de Restauración de los Monumentos de la Acrópolis (ΥΣΜΑ), pone el colofón con la publicación de un interesantísimo y relativamente reciente hallazgo: “A Bronze Vessel inside the Parthenon’s West-Side Entablature” (pp. 119-137). En marzo de 2012, durante las labores de restauración de la fachada oeste del Partenón, más concretamente en el desmantelamiento de la parte suroeste del entablamento y a la altura de la decimocuarta metopa, se reparó en un vacío arquitectónico comprendido entre los muros internos. Allí se encontró una fíala de bronce, que contenía los restos de un instrumento tubular realizado con un hueso animal, depositada sobre un suelo con evidentes restos de combustión. Según la autora, a diferencia de otras dos fíalas bronceas también encontradas en vacíos internos de los muros del Partenón (en 1990 [arquitraque este del opistomaos] y 1994 [parte este del entablamento sur]), que fueron asociadas funcionalmente con la etapa de erección del edificio (restos de pigmentación) y a una posición “aleatoria” (habrían caído “por accidente” de los constructores), los restos del depósito de esta nueva fíala apuntan –indudablemente– hacia una dedicación votiva del vaso en un contexto ritual. El principal uso del recipiente como vaso para libaciones y la presencia del instrumento llevan a Karakitsou a reconstruir una ceremonia ritual acompañada de música, celebrada antes de la instalación de la cubierta, para pedir la protección divina y asegurar un próspero desarrollo de la construcción del edificio, algo totalmente plausible. Su eventual depósito con motivo de una “open public ceremony” (p. 132) y durante las Panateneas del año 442, propuesto por la autora, es interesante pero extremadamente hipotético. No podemos excluir que se trate de un ritual privado o limitado únicamente a los que trabajaron en la proyección y la erección del Partenón. En este sentido, me cuesta asumir el carácter fortuito de la posición de las anteriores dos fíalas. ¿Por qué no asociarlas, del mismo modo, a su deposición como exvotos tras haber sido usadas como recipientes durante las obras? La colocación de tres fíalas bronceas en tres puntos cardinales del edificio pericleo (este, sur, oeste), y en diferentes fases de su construcción, parece un indicio de un *modus operandi* ritual de los constructores más que un factor puramente casual.

En lo que respecta a los aspectos formales generales, el libro está ilustrado por dibujos, reconstrucciones y fotografías de alta calidad original, muchas de las cuales ofrecen detalles específicos de los fragmentos materiales –algunos inéditos–, si bien la nitidez de gran parte de estas se ha empobrecido notablemente a la hora de imprimir el volumen. La decisión de incorporar un anexo de notas al final de cada capítulo (*end-notes*) es todo un acierto, pues

permite a los autores profundizar debidamente en el debate historiográfico al mismo tiempo que posibilita una lectura fluida de los capítulos.

Para concluir, se debe reconocer la necesaria aparición de este trabajo colectivo, que supone una excelente noticia en el campo de estudio de la arqueología de Atenas principalmente por tres razones. La primera, por devolverle a los objetos en bronce acropolitanos el estatus que se merecen, demostrando con argumentos sólidos la importancia de su análisis material directo y/o contextual, tanto individual como colectivo. La segunda, por aportar informaciones y reconsideraciones valiosas sobre artefactos olvidados o menos conocidos por la comunidad académica especializada. En tercer lugar, por haber trazado nuevas vías de investigación desde perspectivas dispares y metodologías interdisciplinares, que se revelan fructíferas y prometedoras no sólo para el tema abordado, sino también en su potencial aplicación en otras áreas afines. El ejemplar, con un precio de venta más que asequible, bien merece estar en la estantería particular del especialista en bronceística antigua, así como de todo interesado en profundizar en el registro material de la Acrópolis ateniense.